

**Rafael Masada**

# **El reencuentro**





**Rafael Masada**

# **El reencuentro**

1<sup>ra</sup> Edición electrónica: 2007

© **Rafael Masada**, 2007

*Ediciones Literatura y algo más*, 2016

Licencia de Creative Commons

**El Reencuentro** by **Rafael Masada** is licensed under a Creative Commons  
Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional License  
No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas

El lugar estaba lleno de luz; era amplio, tan amplio como un país vacío, desierto, sin vida pero agradable y dulce. Una llanura sin horizonte ni frontera.

- Viejo, ¿hemos perdido?

La pregunta le salió disparada en un imprevisto, fue lo primero que pensó y como tal la soltó. No sabía dónde estaba. Mucho menos entendía por qué estaba delante del Viejo ni cómo habían llegado hasta aquel lugar.

- Así dicen, hijo, así dicen.

Le respondió sin aspavientos; lo decía con pausa, sin convicción ni resignación, sólo como quien adelanta un chisme que, de tanto ser contado y repetirse de boca en boca, florece a destiempo, sus frutos se desploman antes de madurar y da en tierra con su despropósito.

Al recién llegado le brillaban dos ojos oscuros, negros y pe-

queños, en el fondo de la cara; boquiabierto e inquieto lanzó una mirada a su alrededor tratando de comprender algo, cualquier cosa. De pronto, un ligero temblor recorrió su cuerpo al darse cuenta que hacía muchísimos años que nada sabía del Viejo, que no lo había visto; lo daba por muerto y sin embargo, sin alerta ni aviso, lo tenía delante de sus narices, a un palmo de ella.

- ¿Qué hacemos ahora?

- No tengo ni idea. —respondió el Viejo.

Ambos giraron en redondo tratando de encontrar alguna señal. Nada.

En contraste con la blancura del lugar, llamaba la atención y resaltaba la vestimenta de los lugareños; aunque vestimenta y lugareños era mucho decir puesto que no se podía distinguir quiénes eran ni qué llevaban encima, en el mejor de los casos parecían sombras, sí, eso, eran sombras.

Sombras agrupadas por decenas, centenas o millares, difícil saberlo; tan sólo algunas caras conocidas estaban dentro de aquella multitud. Conformaban grupos por aquí y por allá, todos conversando; a la distancia no se oía nada, pero por los gestos y ajetreos se podría decir con convicción que discutían, que intercambiaban opiniones con gran fogosidad.

- Hola cumpas, ¿qué tal?

Al girar, se toparon con Felipe y una sonrisa de oreja a oreja.

- ¡Venancio! ¡Pero si estás hecho todo un hombre, ya no eres el niño de antes!

- ¿Así? ¡Pero tú y el Viejo están tan añejos como siempre! – replicó Venancio rascándose la nuca y ahogando una sonrisa en la comisura de los labios.

- Las apariencias, las apariencias engañan –dijo el Viejo mirando de reojo y haciendo un gesto sombrío como quien empieza a comprender algo allí, en el fin del mundo, al borde del desierto. Una impresión. Casi como un suspiro.

- Pero, ¿qué está pasando? ¿Dónde estamos? –Venancio se inquietaba cada vez más.

Felipe, tan práctico como siempre, le puso las manos sobre los hombros, lo miró fijamente y le preguntó si recordaba algo que hubiera pasado antes de llegar a este lugar.

- No, no lo sé... Estaba con mi mujer... Cholita, Cholita, corre... corre... –Al niño convertido en adulto le flaquearon las piernas, se le enturbiaron los ojos y empezó a sollozar.

Difícil sería contar o tratar de manifestar cómo, pero ante ellos se abrió ligeramente lo que de suelo les servía y los tres con asombro lo veían.

Cuatro cuerpos yacían sobre dos mesas rodeadas de muchísi-

mas velas encendidas y gente ataviada con ponchos y polleras de oscuros colores; gente buena, con el rostro curtido y quemado por el estriado frío; gente piadosa, gimiendo, llorando, lamentando, maldiciendo, condenando. ¿Por dónde trajinas, tayta dios? ¿A qué te dedicas? ¿De qué lado estás y qué te propones? ¿Por qué nos has abandonado, desgraciado? Le interpelaban como si existiera; se lo reclamaban por si él no sabía lo que hacía.

Dos de los cuerpos eran aún pequeñitos; amarillitos como la flor de retama se estaban. Venancio con mucha atención los observó y sin prisa ni precipitación los reconoció. No había duda. Sí, eran sus hijos. Macho y hembra los creó.

Sobre la otra mesa reposaba el cuerpo impoluto de su mujer; era menuda, fuerte y fogueada pero por una sola vez no pudo correr.

Venancio, hacia un costado señalaba y desolado con la mirada afirmaba. Se reconoció amortajado.

- ¡Ese soy yo! ¡Ya me mataron, carajo! —y entonces todo lo recordó.

Estaba en su choza en la cima de la colina, y entre sueños le llegaba el murmullo del arroyo que por detrás y hacia abajo corría. Acostumbrado a oír dormido y a distinguir los diáfanos sonidos de la naturaleza de los por el hombre producido, el pisar de sigilosas botas descubrió. Se arrancó la manta que

lo abrigaba de un manotazo y de un salto se levantó, cogió al vuelo a sus hijos y gritó a su mujer para que despierte, que se levante y corra. Lo que aconteció fue fulminante. Los soldados tenían rodeado el pequeño pueblo, y la chocita que cobijaba a Venancio y su familia era pasto de las llamas; su cholita fue derribada al octavo paso y los dos soldados que la golpearon se le fueron encima. A Venancio le quitaron los hijos. A la niña le abrieron el vientre de un solo tajo y con sus dos añitos, ayer recién cumplidos, abandonó este valle de lágrimas sin tiempo para quejarse. Al varón recién nacido lo lanzaron al aire con tanta violencia que ya no respiraba cuando cayó entre las rocas. Venancio ya tenía varias costillas rotas a patadas cuando a rastras lo llevaron cerca de su cholita para que vea cómo la violaban; uno de tras de otro, como fieras desbocadas la golpeaban, impotentes trataban de someterla profiriendo maldiciones contra todos los terrucos de mierda que pueblan la sierra. ¡Te vamos a reventar puta maldita! ¡Toma, conchatumadre, para que aprendas tú y todos los muy hijoeputa a no meterse con la autoridad! Trataban de penetrarla. Y le daban con la culata del fusil. Una lucha desigual. Ellos tenían los pantalones caídos y la verga presta; ella se defendía con uñas y dientes, arañando, mordiendo, escupiendo, pateando, maldiciendo y gritando sin pedir clemencia, dispuesta a luchar hasta el último hálito de vida. Moriría de pie aunque ya estaba tendida. Alguien disparó. Venancio logró incorporarse a medias pero un rodillazo en la cara lo derribó por enésima vez, quedó tumbado de espaldas viendo el cielo abierto; con lo último que le quedaba de fuerza catapultó el pie hacia arriba y le dio de lleno en los cojones al soldado que delante tenía. Varios brutos se le fueron encima y a punta de culatazos empezaron a partirlo. Ya no sentía nada, el dolor y

la misericordia lo había abandonado; trató de tomar la mano yerta de su cholita cuando todo se tornó oscuro, silencioso, apacible y descendió a la más profunda y oscura de las noche con un te quiero a flor de labios.

Los tres suspiraron y guardaron un silencio largo.

- ¿Dónde estamos? —Volvió a preguntar Venancio—. Este no puede ser el reino de los cielos reservado para nosotros.

Rieron.

Felipe se adelantó a la pregunta que veía llegar y contó que su columna se desplazaba de Ayacucho a Huanta, salieron de noche y poco antes del amanecer deberían llegar al punto señalado para unirse a la III Compañía y continuar con dirección a Huancavelica. A la hora del oscuro mandó detener al grupo porque había algo que le quitaba el sosiego y quería mandar un guía por delante para que viera si el camino estaba despejado. Dar la vuelta a la loma y bajar era lo poco que por andar les quedaba.

Mientras daba las instrucciones necesarias para preparar el descenso, les cayó una lluvia de balas que los tomó desprevenidos. Habían caído en medio de una emboscada. Se defendieron lo mejor que pudieron pero no tenían forma de ganar ni escapar. En menos de media hora ya estaban vencidos. No

tenía sentido seguir luchando, a la orden cesaron los disparos y empezaron a gritar que se rendían. Dejaron las armas en el suelo y se pararon con las manos en alto. Sólo cinco lo pudieron hacer, sus heridas eran leves. Los otros doce estaban muertos o mal heridos. Los soldados los rodearon. Se acercaron a los tendidos, y a bocajarro volvieron a matar a los muertos y asesinar a los heridos. Nadie protestó. Uno había pedido clemencia y respeto en nombre de su viejita, una ráfaga le destrozó la boca. ¡Calla hijoeputa! –ladraron.

- Nos llevaron a la altura que estaba por ahí, al frente de nosotros... –hizo con la mano izquierda una señal difusa hacia adelante y después de una breve pausa, que pareció eterna, movió la cabeza como para sacudir errores y malos recuerdos, continuó– y nos hicieron poner en fila con las manos por detrás de la nuca.

- No tuvimos tiempo para mirarnos ni de reojo, tampoco para cantar, gritar o cualquier otra cosa parecida –carraspeó y afligido continuó–. Sentí varias punzadas, como la picadura de una avispa en pata calata, y di de espaldas contra la loma; me golpeé la cabeza con una piedra saliente, caí y quedé sobre la grava mirando el firmamento, estaba repleto de estrellas. ¡Carajo, después de una semana de lluvias, por fin estaba despejado el cielo y el Sol amenazaba con salir! ¡Y yo allí, tirado sin morir! Tenía sed pero no podía hablar, tenía los ojos abiertos y los huesos me dolían, hacía frío. No sé cuánto tiempo pasé así, pero en algún momento alguien me agarró por las manos y empezó a arrastrarme hacia un lugar donde olía a sangre, meados, cal, crematorio, incienso y cagada; quien me jalaba me colocó al lado de otros cuerpos fríos, y

cuando, por esas malas pasadas de la vida, nuestros ojos se cruzaron, no sé qué me habrá mirado él, pero vomité; lo que yo le vi fue una cara de imberbe recién inaugurada en faena para hombres de uniforme, sin miedo, con valor y coraje para defender su patria.

Hizo un silencio, bajó la cabeza y levantó los hombros, soltó un bufido y siguió:

- Luego, vinieron otros, nos cargaron y tiraron a un hueco profundo; estaba casi lleno cuando me llegó el turno, al parecer también habían traído cadáveres de otros lugares. Ya no había estrellas, el Sol brillaba en algún lugar que no podía ver. Seguía teniendo sed. Echaron tierra y nos escondieron bajo algunas piedras. Quería gritar, avisar que aún estaba vivo; pero no pude, me fui asfixiando y muriendo de a poco. ¡Vaya mierda!

- ¿Y tú, Viejo?

- ¿Yo? Muy bien, gracias.

Una sonrisa y se sintieron relajados. No les resultaba fácil abrir el alma y mostrar los pesares.

- Estuve en un café discutiendo con algunos dirigentes indecisos que no sabían si persistir o no. Todos habíamos leído los periódicos que publicaban la primera carta que solicitaba conversaciones que conduzcan a un acuerdo de paz y cuya

aplicación llevase a concluir la guerra. También la segunda y el borrador de la tercera. En poco tiempo esas cartas habían causado un despelote tremendo al interior de nuestras filas; los capituladores tenían la sartén por el mango en las prisiones, y la mayoría, de los que quedábamos afuera, se decantaba por soñar con que ese bodrio era una patraña; no comprendían la urgente necesidad de desenmascarar al renegado pues no creían, ilusos de ellos, que fuera capaz de tamaña traición, así que en nada quedó la discusión. ¡Estaban ciegos! ¡Sordos y ciegos! Lo último que recuerdo, si la memoria no me falla, es que conversábamos con pasión y buen humor cuando notamos que la dueña de la cafetería hablaba por teléfono mientras nos miraba con suspicacia, así que por precaución decidimos retirarnos. Al parecer la decisión fue tardía. Ya en la calle, sentí que por atrás me golpeó en la cabeza algo muy caliente. Y de allí para aquí, sólo un quejido.

- ¿Estamos en el limbo?

Venancio seguía preocupado por saber dónde se encontraban.

- Ni que fueras santo o patriarca –le respondió Felipe y el Viejo rió con ganas.

- No estamos en ninguna parte, esto no existe y nosotros tampoco –suspiró, carraspeó y lentamente continuó–; al parecer hay quienes están pensando en nosotros y nos mantienen vivos en sus mentes y corazones. Sí, eso debe ser.

El Viejo hizo un silencio para saborear su descubrimiento. En ese momento notaron un resquicio en lo que de suelo les servía; por ahí les llegaba un rumor, algo parecido a un río que rueda canto con dirección a la brava mar. Un arrullo grato que da seguridad e ilumina el alma. Se acercaron, a gachas, los tres metieron simultáneamente los dedos entre la pequeña abertura y jalaron hacia los lados. Miraron. Abajo, el terreno se encorvaba levantándose majestuoso, de entre las cordilleras, por la cañada de la izquierda, se veía un hilo rojo que discurría hacia delante. Pusieron los ojos en rendija y aguzaron la vista. La imagen se hacia más clara al acercarse hacia ellos; eran banderas, rojas, tremolantes al viento señalaban el nuevo amanecer. El susurro se hizo más cercano y profundo; antes de ser definitivamente claro, ya lo habían reconocido.

¡Cómo qué no! ¡Cuántas veces lo habían cantado! ¡Si lo llevan bien metido en la conciencia!

- ¡Por los valles y los andes...!

Se quedaron oteando un rato largo.

Venancio había cambiado de aspecto, el rostro se le iluminó con una sonrisa infantil; tal vez le vinieron a la memoria algunas imágenes, algunos recuerdos de los primeros años.

Se incorporaron, sonreían. Miraron a un lado y al otro para comprobar que no estaban solos.

- ¡Cumplimos lo prometido! —Fue un pensamiento al unísono.

Felipe notó una mancha oscura, la única que se levantaba sobre alguien.

- Miren –dijo–, ese hombre, en su jaula, todavía se envuelve en su propia sombra y se pregunta por qué anda a oscuras.

Sonrieron. Se alejaron de allí fundidos en un abrazo flotando sin prisa; un abrazo como aquél que se dieron cuando se despidieron en la resaca de la vida. El Viejo los apretó contra su pecho y reiteró lo que les había dicho hace veintidós años:

- ¡Seamos humildes y nos mantendremos eternos!

3 de diciembre de 2007  
Rafael Masada

